

ALGUNAS BASES
TEÓRICAS SOBRE
“AGRESIVIDAD”



La violencia, es uno de los problemas más importantes que actualmente enfrenta nuestro país, por la existencia de los conflictos armados basados en razones políticas. En la actualidad es muy común ver situaciones en las cuales se vea involucrada la violencia o la agresión, viendo en estas circunstancias muchas formas de manifestación de la violencia. Según el libro “Violencia en la escuela” (Idep, 1999) de los libros “Vida de maestro” que dirige la Alcaldía de Bogotá, la violencia se manifiesta de varias formas: desde el simple desconocimiento por el otro al ser ignorado, o cuando su nombre nunca es pronunciado, pasando por el uso de la autoridad, el someter a alguien abusando del conocimiento y de la edad, así como también, al subyugar a los más débiles a una voluntad ajena a sus deseos.

Antes de llevar a cabo una aproximación al tema específico de la violencia escolar, es necesario abordar aspectos como la agresión y la violencia, lo cual permitirá aproximar de una forma más clara las prácticas violentas que se presentan en los centros educativos y lo que se entiende por este fenómeno, nombrando algunas perspectivas que se han propuesto alrededor de asuntos como la agresividad y la violencia.

La psicología lleva interesándose por la realidad de la agresividad, desde que esta existe como ciencia. Para empezar, la

agresividad, vista desde el aspecto semántico, sería el impulso que nos hace acometer, mediante el uso de la fuerza, o la amenaza de ella, o un sustituto equivalente, el *statu quo* que existe para modificarlo (Rivarola, 1993). La palabra agresividad viene del latín *aggredior* y esto significa ir contra otro acometer.

Es importante recalcar, que desde una mirada de origen antropológico, con relación al estudio de conductas agresivas a lo largo de la historia de la humanidad, se tiene una gran carencia en términos de estudios profundos que trabajen dicho tema. Sin embargo, son pocas las excepciones que desde testimonios etnográficos revelan que entre los pueblos primitivos la agresión ha sido endémica, llegando en ocasiones a ser mortal. Estas culturas primitivas, exhibían en varias ocasiones, expresiones extrañas de crueldad y agresión humanas en ritos de sacrificio, ceremonias de iniciación, cultos caníbales, entre otras, vistas como formas de comportamiento simbólico que iba paralelo a las fantasías agresivas mitológicas que se pueden observar en todas partes del mundo (Freeman, 1977).

Por otra parte, existe un tratamiento naturalista que le ha dado a este tema la Etología, así como un enfoque desmitificador que se propone desde el Psicoanálisis, con lo cual se ha contribuido a desarrollar la creencia social de que la agresividad forma parte de la naturaleza humana, pero no habría razón alguna para considerarla como un imponderable al que haya que someterse

(Ortega y Mora-Merchán, 1997). Dicha ciencia, la Etología, es la ciencia que estudia el comportamiento animal en su medio natural, y frente a lo cual se han realizado unos estudios muy importantes para el conocimiento del hombre (Ledesma, 1980), y que pueden contribuir ofreciendo explicaciones al comportamiento agresivo en éste.

Los etólogos tienen una perspectiva de la agresión humana, enfocándola como lo harían otras ciencias como por ejemplo, la biología. De esta forma se plantearían interrogantes como ¿de qué manera influiría la agresión en las posibilidades de supervivencia de un organismo? (Lorenz, 1963). Teniendo en cuenta el aspecto de la supervivencia de las especies, la agresión tendría ventajas en términos de las presiones que trae la selección de modo que los seres más agresivos serían los más afortunados y de esta manera sobrevivirían mejor como especies (Gunn, 1976).

Pero a pesar de que la agresividad forma parte de un ímpetu de crecimiento y autorrealización, o cuando sea vista como defensiva, esta agresividad entre los hombres tiende invariablemente a ocasionar un perjuicio de orden material u otro, a sus semejantes o a un grupo en especial que llegará a ser considerado como rival. Sin embargo, no habría una explicación establecida al por qué de esta situación, ya que se podría deber a que dicho rival posee ciertas cosas que los agresores ambicionan y esto despertaría sentimientos de ira, envidia o venganza o bien,

debido a una simple irritación circunstancial, entre otras emociones (Kogan, 1994).

Existen ciertos patrones básicos de tendencias de los comportamientos que se heredan más allá del cambio acelerado por las condiciones naturales y culturales en las que debe tener lugar el desarrollo de todo individuo, las cuales pueden no corresponder ya con un esquema heredado. De esta manera, se puede aceptar que disponemos de cierta dosis de agresividad destinada a la supervivencia, tanto en los individuos como en las especies (Ortega y Mora-Merchán, 1997).

Pero los tipos de comportamientos exhibidos por diferentes especies de animales que intentan ganar ascendientes sobre sus compañeros de especie con frecuencia no llegan a la auténtica lucha, al menos en un ambiente natural. Lo que expresarían son despliegues ritualizados y movimientos con intención amenazadora que serían en apariencia efectivos a favor de la supervivencia de la especie. Es decir, los comportamientos agresivos, suelen ser adaptativos en las condiciones ecológicas de alimentación, reproducción y defensas naturales (Hall, 1977).

Por esta razón, también desde una perspectiva antropológica, se puede argüir que la naturaleza y habilidades humanas, y en general toda la civilización humana, deben la existencia a un tipo de adaptación predadora (Freeman, 1977), lo cual se basaba en conductas de tipo agresivo. Una buena parte de

las conductas agresivas en los humanos podría ser considerada como respuestas a amenazas potenciales de sus necesidades de supervivencia y desarrollo (Pinillos, 1980).

La mayoría de los etólogos elaboran conclusiones sobre la agresividad humana a partir de comportamientos observados en los animales. Sin embargo, si las agresiones intraespecie alcanzan tan frecuentemente extremos mortíferos, esto muy raramente ocurre entre los animales (Kogan, 1994). De hecho, la naturaleza exacerbada de la destructividad y la crueldad humanas puede ser vista como una característica que por el lado del comportamiento, distingue al hombre de los otros animales (Freeman, 1977).

Siguiendo por la misma línea de estos autores, pero mediante enfoques diferentes, que dan una perspectiva sobre el tema de la agresión, nos encontraríamos con Albert Bandura y Richard Walters (1963), aunque ellos ya no se encuentran dentro de una perspectiva etológica de la agresión, son quienes plantean que este tema debería ser visto desde la perspectiva del aprendizaje social, lo cual refiere que este tipo de aprendizaje representa un énfasis en la forma en que se aprenden y mantienen los patrones de comportamiento agresivo.

Estos autores investigan además, la agresión que se aprende como medio de obtener determinados fines, por ejemplo, el obligar a un niño a ceder un dulce u obtener una aprobación paternal, por medio de la imitación de su comportamiento

agresivo. Mientras los etólogos explican las actividades agresivas suaves como forma de reducir la instigación combativa que ellos consideran innata, quienes se fundamentan en las teorías del aprendizaje social, sostienen que tal actividad simplemente aumenta los hábitos agresivos y genera un decremento en las inhibiciones contra la agresión.

Desde una perspectiva conductista ortodoxa, se diría que los comportamientos o hábitos agresivos se adquirirían principalmente a través del reforzamiento positivo directo de las respuestas agresivas. Los adolescentes y niños podrían sufrir de acosamiento y humillación, por lo cual, más adelante, siendo jóvenes adultos reproducirían estos comportamientos agresivos si se les presenta la ocasión oportuna para ello, ya que se encuentran constantemente rodeados de modelos agresivos (Bandura y Walters, 1963).

Esta perspectiva que tiene que ver con la explicación de las conductas agresivas vistas como un resultado de un aprendizaje, también se puede relacionar con lo que plantea el conductismo, ya que se propone que la agresividad sería una conducta aprendida, y así mismo, mediante aprendizaje se produce o reprime la agresión, o bien puede aumentarse o disminuirse. Varios estudios sustentan estos planteamientos, al demostrar que en la mayoría de los casos se evidencia que la observación de la violencia aumenta la agresividad en las personas que la observan (Ledesma, 1980).

Otra posible perspectiva haría referencia a un nivel del medio ambiente en el que se desenvuelve una persona, ya que se plantea que una persona llegaría a ser agresiva, producto de un ambiente caracterizado por el rechazo de los padres, disciplina punitiva o discordia familiar (McCord, McCord y Howard, 1961). Teniendo en cuenta esta perspectiva ambientalista, se desarrolla una investigación en la cual se obtienen como resultados varios supuestos. En primera instancia, una de las conclusiones que se plantea es que la relación emocional entre el niño y sus padres será fundamental en dos formas: primero, afectando el nivel de frustración del niño (y sus deseos agresivos), y segundo, moldeando su conceptualización de la naturaleza de las interacciones humanas. Esto se confirmaría, por lo hallado durante esta investigación:

“los ataques directos de los padres contra el niño – sea que se manifiesten en disciplina punitiva física, amenaza frecuente o constantes comentarios desfavorables sobre el valor del niño – resultaron estar fuertemente asociados con un alto nivel de comportamiento agresivo”..... (McCord, McCord y Howard, 1961. p.67).

La perspectiva social de dicho tema, concede una gran importancia en la agresividad al aprendizaje, lo que conlleva a una actitud optimista con relación a la educación de la misma, ya que el aprendizaje socio-cultural puede conseguir tanto hábitos de

violencia, como también una inhibición habitual de la agresividad (Pastor, 1980). De acuerdo con la teoría del aprendizaje social, es posible producir un niño altamente agresivo con sólo exponerlo a modelos agresivos exitosos y gratificarlo al reproducir comportamientos agresivos (Bandura y Walters, 1963).

Muchas veces, cuando se habla de agresividad se sobreentiende la existencia de un instinto destructivo que actúa en el hombre, el cual funciona de una manera fatal y prefijada por su constitución específica, como sucedería con cualquier otro instinto como el sexo o el hambre. De igual forma, algunos sostienen que las pulsiones agresivas son acumuladas de forma progresiva en una especie de reservorio mental o biológico, con lo cual llegaría el momento en el que dichas pulsiones se disparan fatalmente y de manera irracional contra las cosas, los individuos o los grupos cumpliendo ciertos requisitos de victimización (Pinillos, 1980).

Los comportamientos agresivos pueden ser observados en cualquier ser humano que sea normal psíquicamente y aparece en la cotidianidad bajo muy diversas formas que van desde comportamientos agresivos subconscientes, que se encontrarían latentes, tales como por ejemplo conducir imprudentemente vehículos a motor, con reacciones muy descontroladas, que impresionan por su salvajismo (Prieto, 1980). Ya lo explicaba Freud (1933), en la respuesta a una carta de Einstein, cuando Hitler subió al poder:

“No hay posibilidad de liquidar enteramente los impulsos de agredir, pero sí es posible desviarlos de sus objetivos primitivos, de manera tal que no se expresen en contiendas” (Freud 1933).

La agresividad podría ser vista como una pulsión que significa intención de daño, la cual influye en el curso de los conflictos al introducir la fuerza y la búsqueda personal de triunfo, con la rendición del contrincante, o con la aniquilación de éste (Kogan, 1994).

Al principio, Freud ignoró la agresión en su principal obra *La Interpretación de los Sueños*. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial le obligó a enfrentar la destructividad en los niveles más profundos. Por dicho motivo, como se mencionaba anteriormente, surgió la teoría psicofilosófica del instinto de muerte, aunque una gran parte de los psicoanalistas, no acepten dicha teoría. Pero, ante todo tiene el mérito de enfrentar la agresión en su nivel básico, subrayando el hecho de que la agresión se dirige principalmente contra uno mismo, pero que debe volverse hacia los otros para evitar la autodestrucción (Rivarola, 1993).

Por otro lado, se han criticado las posiciones respecto a este tema desde la Etología y desde el Psicoanálisis, dados sus discursos biologicistas, la difusión de la creencia en la inevitabilidad individual de la agresión. Las críticas de ambos modelos, insinúan

que el hecho de insistir en la existencia de impulsos innatos de agresividad intraespecífica, estaría liberando a la sociedad de la responsabilidad de construir un mundo pacífico (Ortega y Mora-Merchán, 1997).

Claro está que es necesario recalcar que tanto la mayoría de los etólogos, así como buena parte de los seguidores de Freud, consideran la agresividad como una pulsión innata, o como una reserva de energías de índole filogenético que lo mismo que la sexualidad, el hambre y la sed, requiere una descarga periódica de una manera espontánea. Pero como los seres humanos no se encuentran programados rígidamente, sus manifestaciones de expresión de agresividad serán muy diversas (Kogan, 1994).

Sin embargo, las dos posturas poseen sus grandes diferencias con relación a este tema y su origen, ya que por un lado, la escuela psicoanalítica sostiene que la agresión es un impulso espontáneo innato que se va acumulando lentamente como el agua en un tanque y que debe ser liberado por un camino u otro. Por otra parte, la escuela opuesta considera que para que se den comportamientos agresivos, es necesario cierto estímulo (Gunn, 1976) que haría reaccionar al organismo.

Al parecer, la agresividad podría ser vista como una de las formas de respuesta de los individuos ante ciertos estímulos que generan conductas agresivas. Podría comentarse además, que existe una imaginación agresiva, con arraigadas disposiciones a la

competitividad y a los desafíos cargados de hostilidad, que muchas veces prevalecen en lugar de salidas negociadas o llegando a conciliaciones de intereses originariamente contrapuestos (Kogan, 1994).

Con lo anterior, se puede observar que el tema de la agresividad ha sido tratado desde diferentes puntos de vista, sin embargo, desde una perspectiva general, la agresividad es un término abordado por distintas teorías psicológicas, las cuales no han llegado a un acuerdo en una definición consensuada, sin embargo, para lograr una generalización, la agresividad estaría definida en cuanto a su fin de lesionar a otro organismo o al propio, pero sería necesario añadir a lo anterior la intención de producir un daño, destruir, contrariar o humillar.

De todas maneras, sería pertinente dejar clara la diferencia entre agresividad y agresión, ya que, la agresividad es entendida como el término para designar la tendencia o disposición inicial que daría lugar a la posterior agresión, entendiendo por esta última, el término que debería utilizarse para designar un acto en sí, un acto palpable y efectivo (Fernández, s.f.).

En términos abstractos, por agresión se puede entender, una conducta de ataque contra algo o contra alguien, motivada por diferentes razones, ya sea por alejar un presunto invasor o atacante de nuestro territorio, o por defender algo, o por simplemente

descargar una hostilidad a nivel personal, entre otras motivaciones (Pinillos, 1980).

Sin embargo, a pesar de que existen quienes sostienen perspectivas de origen social respecto a la agresividad, también están quienes piensan en la agresión como una carga a nivel biológico insuperable, y otros quienes la atribuyen al ambiente cultural. Pero es importante recalcar que ambos enfoques, tanto el biológico como el cultural no se excluyen. La agresión es vista como parte del equipo básico del hombre, pero también se encuentra condicionada, exacerbada u orientada culturalmente (Rivarola, 1993).

Pese a la ubicuidad de la agresión humana, no se poseen registros que lleven a una aproximación de una historia adecuada de la crueldad y la destructividad humanas. No se dispone de, por ejemplo, ninguna clase de compilaciones científicas las cuales hayan descrito y analizado cabalmente la fenomenología del comportamiento agresivo que conllevaría, posiblemente a violencia en masa (Freeman, 1977). La agresividad puede ser vista como necesaria aun en la especie humana, sin embargo, sin ser llevada a los extremos del ejercicio de la fuerza física con la intención preconcebida de causar daño a otros. (Amat, 1980).

De igual manera, al tratar el tema de la agresividad se encuentran autores como Luckert (1972) citado por Armenta, (1999) quien distingue tres formas básicas de agresión:

1. Agresión Abierta. Sería el ataque directo a la integridad y al valor inherente a una persona o a una cosa, ya que se vivencia dicha cosa o persona como un obstáculo para desplegar las propias facultades. En este tipo de agresión se pueden observar por medio de las siguientes expresiones:

- a. Agresión física - Golpes, arañazos, puñetazos, patadas, entre otros.
- b. Agresión verbal - Manifestada por amenazas, insultos, sarcasmos, burlas, groserías, críticas destructivas, desprecios y demás.

2. Agresión oculta. Se dificulta reconocerla tanto para la persona que arremete como para la que es agredida, y es expresada a través de tres formas básicas:

- a. Medios simbólicos - Cuando el objeto o meta de la agresión permanece oculto. Por ejemplo, falta de interés por parte de un maestro respecto al logro de un alumno.
- b. Agresión contraria - La agresión es sustituida por sobreprotección o excesivo mimo, y siempre acompañada con tensión y angustia. Esta forma de agresión impide el desarrollo de la autonomía del otro.
- c. Agresión invertida - La agresión es desviada hacia sí mismo. Por ejemplo, el dejar de comer.

3. Agresión representativa. Es el tipo de agresión que se descarga contra un objeto o persona que nada tiene que ver con la que arremete.

Con la fundamentación teórica anteriormente tratada, se puede observar cómo, las definiciones concretas de “agresividad”, son prácticamente interminables y muy poco uniformes (Funk, 1997). En concreto, es bastante complicado calificar un acto humano como agresivo y sería algo muy relativo, ya que lo que para unas personas es agresión, para otras podría ser vista como una mera defensa o alguna otra cosa (Pinillos, 1980).

De igual forma se puede concluir que las manifestaciones de agresividad se dan en toda la sociedad humana, ya que hasta en las culturas calificadas como las más pacíficas del mundo se observan manifestaciones agresivas, tal es el caso de los *Bosquimanos*, los *Zuñi*, los *Arapesh* de Nueva Guinea, que siendo calificados como los pueblos más pacíficos, y si bien no practican la guerra, someten a agresiones de distintos tipos a sus propios miembros, por ejemplo, observando sus crueles ritos de iniciación a los que son sometidos los adolescentes, que se dan entre ellos, también mediante el maltrato a las mujeres y otros comportamientos. (Kogan, 1994).